

ria, y los tiempos pasados, presentes y futuros se trenzan en raíz de eternidad, porque la muerte no separa ni interrumpe nada. En *La casa encendida*, como en algunos de los poemas de *Rimas* —véase «Creciendo hacia la tierra»—, Rosales llega a reflejar una suerte de panteísmo cósmico, de palingenesia existencial en el que el yo poético muere y nace de sí mismo merced a la memoria, y en este renacer asume que vida y muerte son identificables y se retroalimentan.

*La casa encendida* consta de tres capítulos centrales, tres cronotopos: la casa de la juventud, la Facultad de Filosofía y Letras; la casa de la madurez, Altamirano 34; la casa de la infancia, la residencia paterna en Granada. El lector podría cuestionarse por qué el protagonista de *La casa encendida* no sigue un itinerario memorístico cronológicamente lógico. Por qué no da comienzo esta obra por una primera estancia que le conduciría a los recuerdos de su infancia, proseguiría en la habitación de los de su juventud y finalizaría en aquella donde alcanzase, por último, su madurez, al tiempo que se encendiesen todas las luces de la casa. O, por el contrario, por qué no traza el camino inverso, que daría comienzo en aquella estancia más próxima al momento presente y finalizaría con aquella que congregase los recuerdos infantiles, los más distantes en el tiempo. Sea como fuere, el lector se percataría de que el orden proyectado por Rosales para *La casa encendida* no parece obedecer a lógica alguna. ¿Por qué dispuso, entonces, el libro tal y como lo hizo? La respuesta nos la ha ido apuntando Rosales a lo largo de toda la obra: en el fondo el orden cronológico de los acontecimientos no es significativo, ya que pasado, presente y futuro son nociones que se confunden, que no tienen validez real. El tiempo es elástico, lo que sucede una vez sucede para siempre, los muertos y los vivos conviven, se reúnen, se iluminan entre sí. Qué más da, por tanto, trazar y seguir cualquier recorrido cronológico, cuando el tiempo no se rige por ese tipo de parámetros. Bien al contrario, la opción de Rosales resulta, al fin y al cabo, la más lógica, al proyectar un itinerario desordenado, ya que de ese modo evidencia que esas regulaciones, desde su punto de vista, no gozan de validez alguna.

El capítulo inicial de *La casa encendida* presenta una íntima trabazón temática con los fragmentos titulados «Confesión» per-

tenecientes a la primera entrega de *El contenido del corazón*, así como con aquellos poemas de *Rimas* en los que el yo poético expresa su desamparo absoluto, al sentirse atrapado por la costumbre, aprisionado en una existencia monótona que le oprime y ahoga, y de la que no logra liberarse. En esta misma línea, el protagonista de *La casa encendida* se siente igualmente apresado por la rutina, y el lector lo percibe desde el primer verso, merced a esa frase magistral, «Porque todo es igual y tú lo sabes», que cumple las funciones de leitmotiv martilleante y obsesivo, y que se ha convertido en uno de los versos más emblemáticos de esta obra. Así, en las primeras páginas de este capítulo inicial, el sujeto lírico se dirige a sí mismo, su conciencia se desdobra, y hasta cuatro veces, como si de una suerte de coro griego se tratase, se repite incesantemente que «todo es igual y tú lo sabes».

La aparición de Juan Panero en esta primera estancia que se enciende va a marcarnos la pauta de lo que ocurrirá a partir de este momento. Ya desde el principio de la obra nos encontramos con una acumulación de imágenes que después irán reapareciendo a lo largo del libro. Lo advertimos en la poética que abre esta segunda parte, que es, sin duda, la que sintetiza más cabalmente las ideas expresadas por Rosales hasta el momento, y que apuntan los conceptos que se desarrollarán con posterioridad. En este capítulo se presentan los símbolos y las metáforas sobre los que se estructurará *La casa encendida*: la estancia que se enciende y apaga; el personaje que acompaña al poeta por los vericuetos de su memoria—los recuerdos que van iluminándole y habitándole el alma—; la trabazón entre pasado, presente y futuro, entre la memoria de los muertos y la existencia de los vivos; las cosas unificadoras, preñadas de recuerdos; la recreación de la realidad merced a las palabras—y los silencios—; la revelación de la luz... A lo largo de estas primeras páginas, Rosales nos introduce en su mundo de luces y sombras fantasmagóricas, irreales; ingresamos en esa realidad alternativa y subyugante. Y ese poder lo logra merced a la aparición de una luz reveladora que de repente pronuncia un nombre y crea una nueva realidad. Para que todo sea distinto.

Juan Panero vuelve para reunir, con su presencia, pasado, presente y futuro; infancia, juventud, madurez y muerte. Panero representa el pasado; el yo poético, el presente; y los hijos que este

tendrá –cuya habitación ocupa ahora Panero– representan el futuro; y en él se congregan todos los tiempos. El poeta astorgano simboliza asimismo la unión entre los diferentes momentos de la existencia: la infancia –infancia como origen vital, pero también la infancia de los hijos del poeta–; la juventud que compartieron juntos ambos poetas en la Facultad de Filosofía y Letras, que Juan Panero le recuerda a fin de que el yo poético la reviva y le vuelva a habitar el corazón; la madurez del presente del poeta y, por último, la muerte: la muerte en la que habita Juan Panero, pero también la muerte como culminación de la vida y, sobre todo, como vía comunicativa. Si para Rosales palabra y memoria se identifican, la muerte, los muertos, son la vía comunicativa imprescindible para que la palabra y la memoria puedan llegar a unificarse, como también para que los vivos alcancen una existencia completa, en plenitud, en la que todos los tiempos sean uno solo, en la que haya una íntima correspondencia entre los vivos y los muertos, ese momento en el que se viva todo junto, «junto y encendido». Y quien empieza mostrándole este camino no es otro que Juan Panero. Las últimas palabras del amigo –de la sombra del amigo– poco antes de desaparecer, van a ser: «la muerte no interrumpe nada» –otra frase que sintetiza cabalmente el pensamiento de Rosales en esta obra, y que volverá a repetirse de nuevo, iniciando la poética con la que se abre la cuarta parte de *La casa encendida*–.

El tercer capítulo enlaza con aquellos poemas de *Rimas* donde se poetiza acerca de la reflexión sobre la palabra, el nombre como creador de la realidad, utilizando un tú femenino como eje vertebrador de los poemas (también se medita acerca de esta misma temática en las primeras entregas de *El contenido del corazón*, e igualmente en ellas nos encontramos con una amiga a la que el poeta identifica con el presente y el futuro, con la reflexión sobre el nombrar y el renacer vital a través del verbo, mientras que la figura de la madre se corresponde con la memoria y el pasado, exactamente igual a como sucede en esta tercera parte). Desde el principio la lluvia se adueña del espacio poético, con insistencia, como si se tratase del advenimiento de un nuevo diluvio universal plasmado en dos planos distintos: en primer lugar, el deterioro del mundo y su necesaria reconstrucción a